

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN, *LA CASA DE LAS ÁGUILAS. UN EJEMPLO DE LA ARQUITECTURA RELIGIOSA DE TENOCHTITLAN, SECCIÓN DE OBRAS DE ANTROPOLOGÍA*, MÉXICO, CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES, INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA Y FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, EN COLABORACIÓN CON EL MESOAMERICAN ARCHIVE AND RESEARCH PROJECT, HARVARD UNIVERSITY, 2 VOLS., ILS, MAPAS, 2006.

Desde 1978, año del descubrimiento del monolito lunar conocido como Coyolxauhqui, el recinto del Templo Mayor de Tenochtitlan nos sigue sorprendiendo por su extraordinaria riqueza arquitectónica y de artefactos. A partir de febrero del año citado, se iniciaron una serie de trabajos de excavación que han permitido asombrarnos e ilustrarnos principalmente sobre la compleja vida ritual que ahí se practicó. Los descubrimientos continúan, como el muy reciente del enorme monolito labrado con el enigmático o enigmática Tlaltecuhli, sepultado por varios siglos en el predio que ocupó la "Casa de las Ajaracas".

Pero además de la cascada de invaluables datos que ha caído sobre nosotros, debemos también de reconocer otro fenómeno muy importante que detonó la aparición de la Coyolxauhqui. Bajo la coordinación y guía de Eduardo Matos Moctezuma, se han

formado varias generaciones de arqueólogos y especialistas en otras áreas afines. Esto no es un asunto menor: ahora forman un numeroso grupo que ya está dejando su propia impronta en el conocimiento de nuestro pasado anterior a la conquista española.

Y precisamente uno de ellos, Leonardo López Luján, escribió una tesis doctoral, ahora convertida en un libro en dos volúmenes, profusamente ilustrado, bajo el título de *La Casa de las Águilas. Un ejemplo de la arquitectura religiosa de Tenochtitlan*. La magna obra, producto de un trabajo que se prolongó por una década, reúne una enorme cantidad y variedad de información procedente de la arqueología, la etnohistoria y las ciencias físicas y naturales. Encontramos también nuevas interpretaciones que serán de extrema utilidad, no sólo para los que nos dedicamos a la historia antigua de México. Si sólo usara un adjetivo para describir el texto, sería el de "provechoso".

La "Casa de las Águilas" fue descubierta en 1980 en la sección norte del recinto ceremonial, muy cerca de la pirámide principal. Se encontraba debajo de un patio colonial del siglo xvi, rodeado de columnas. Construida y ampliada tres veces, entre 1430 y 1500, su planta adopta una extraña forma de letra "L". Una parte, la más antigua, posee un eje oriente-poniente; la otra se acomodó de norte a sur. Las excava-

ciones han mostrado que se trata de un lugar litúrgico particularmente importante, donde se realizaban ceremonias ambulatorias, algunas de ellas con muy visibles referencias al vínculo de los tenochcas con la *toltecáyotl*.

Fiel a sus esquemas de objetividad científica, López Luján se muestra acertadamente cauteloso respecto a emitir juicios generales sin suficientes bases sólidas, comenzando por el mismo título del libro: *¿Casa de las Águilas?*, el que reconoce como provisional. En gran medida este problema se deriva de la imposibilidad de conocer el recinto en su completa integridad arquitectónica. Sin embargo, el problema de adscribir identificaciones que tengan una aprobación universal no es sólo suyo: hablamos de un Cuauhcalli (Casa del águila) o Cuacuauhtinchan (Lugar donde moran las águilas) al referirnos al templo monolítico de Malinalco, o a los “baños” de Nezahualcáyotl en Texcotzinco. Frases como, salvo excepciones: “...la configuración arquitectónica de los edificios religiosos mexicas no fue materia de interés de los cronistas del siglo xvi” o “La mayor parte de los materiales arqueológicos no nos ayudan a vincular la Casa de las Águilas con alguno de los edificios descritos en las fuentes históricas del siglo xvi”; y una tercera, muy adecuada, haciendo referencia a la identidad del conjunto estudiado,

donde se explica que existen “...correspondencias impresionantes aunque no definitivas con el llamado Tlacoachcalco–o– Tlacatecco”.

El intento serio por identificar la estructura llevó al autor a explorar una vasta cantidad y diversidad de fuentes de información, entre las que destacan los códices y relaciones escritas en español o lenguas indígenas, particularmente del siglo xvi. Y aquí mencionaré algunos breves comentarios sobre estos textos.

Redactadas en época de turbulencias sociales e ideológicas, de cambios drásticos y asimilaciones culturales a medias, los documentos que emergen del mundo indígena (pictográficos y en caracteres latinos) aún muestran retos para su uso cabal. Por lo menos ya hemos aprendido dos cosas: no leerlos in *prima facie* y estar conscientes de la necesidad de crear un *corpus* editorial completo de ellos, accesible a investigadores, estudiantes y público en general. Erróneamente los hemos usado como si uno fuera certero y los demás estuvieran equivocados (de acuerdo al argumento que queremos probar). En algunos se perciben errores en el registro, porque tanto tlacuilos como escribanos se movían en un mundo cambiante y de valores contradictorios, donde un buen segmento de la información anterior a la conquista se estaba desvaneciendo o era conoci-

da sólo fragmentariamente. López Luján toma en consideración el problema y esto se refleja en su cauteloso acercamiento al dato escrito al confrontarlo con el dato arqueológico.

La propuesta final sobre la identidad del conjunto que hace el autor, al afirmar que el sitio pudo ser el Tlaco-chcalco (Lugar de la casa de los dardos) –o– Tlacatecco (Lugar del gobierno de hombres) y que en el *Glosario* de la obra se define como “edificio del recinto sagrado de Tenochtitlan donde el nuevo *tlatoani* ayunaba y hacía penitencia antes de su entronización”, me parece muy atractiva, interesante y, sobre todo, verosímil puesto que se basa en un cúmulo impresionante de datos analizados y explicados en el primer volumen de la obra. Esta enorme riqueza informativa que se nos entrega, dará pie a nuevas preguntas que, seguramente, tendrán nuevas respuestas a la luz de la continua actividad de investigación que se desarrolla en el Templo Mayor tenochca y en otros sitios contemporáneos. Cito algunos ejemplos: ¿Existió una edificación en el lado opuesto, o sea el sur del Templo Mayor, que complementaba los rituales de la Casa de las Águilas? Por ahí cerca se erigió el templo dedicado a Tezcatlipoca, con su fachada mirando hacia el norte. También es excepcional la forma de la planta del recinto y la manera como se enclaustró:

en las dos últimas fases constructivas se nota que el lado que mira hacia el oriente tiene una barda sólida y, asunto aún por determinar, parece que la sección más al norte del recinto, sepultada por la calle de Justo Sierra y la venerable Librería Porrúa, pudo también estar limitada por una pared continua. Los accesos a la plataforma, hoy conocidos, son escalinatas ubicadas en el sur y occidente y, de acuerdo con la interesante reconstrucción que hace el autor en la figura 410, el hipotético recorrido del *tlatoani* o gobernante tenochca, se iniciaba por el sur y terminaba bajando por las escaleras del oeste. Por lo tanto, queda todavía por dilucidar si los rituales “cardinales” del norte y el oriente, asociados al Tlaco-chcalco –o– Tlacatecco, no requerían de algún contacto visual con dichos puntos.

Y en favor de la importancia de la “cardinalidad” de la estructura, menciono el más reciente descubrimiento de una gran biznaga lítica, excavada en la parte norte y que, sin duda, resulta un marcador del ámbito cósmico septentrional. Como se registra gráficamente en la *Tira de la peregrinación o Códice Boturini*, importante pictografía colonial temprana, la biznaga servía, en ciertos rituales chichimecas, como ara de sacrificio. Otra interesante cuestión es el cambio drástico en la configuración de la plataforma entre la etapa 1 y la 2, la mejor conservada. En la

primera, el trazo es cuadrangular y la escalinata se construyó en el lado occidental. Este punto resultó también importante en la etapa 3, cuando le fueron agregadas dos cabezas de águila, tan visibles que de ellas se derivaron los varios nombres que en un principio se le dieron al conjunto. La cuestión a resolver sería: ¿por qué en la etapa 2 (ca. 1470, probablemente a fines del reinado del primer Motecuhzoma o el inicio del de Axayácatl, su sucesor) se adosó –asimiló como segunda unidad arquitectónica– un nuevo conjunto con un eje norte-sur? ¿Cuáles fueron los motivos que impulsaron a los ideólogos tenochcas a adicionar este nuevo espacio?

Me referiré ahora al término “Tlacochoalco”, uno de los lugares que propone el autor como posible identificación del conjunto, y que tiene relación con el *tlacochtli*. ¿Y qué es un *tlacochtli*? López Luján, basado en el diccionario de 1571 de fray Alonso de Molina y otros vocabularios más tardíos, tradujo el término como “flecha”. Rémi Siméon, autor cuyos bonos como conocedor de la lengua náhuatl han bajado mucho últimamente, pero que su compilación contiene información no incluida en ninguna otra fuente, cita que la palabra se refiere a una flecha o dardo hecho con la caña del duro otate o con cualquier otro tipo de madera, y guarnecido con una punta de

obsidiana. Además, en los ejemplos del *Códice Mendoza* que López Luján incluye en la figura 407, se percibe que en el locativo de Tlacochoalco se representó con una casa (*calli*) con merlones a manera de flechas o dardos adornados con plumas y plumones. ¿Intentaron mostrar una diferencia simbólica entre “*mitl*”, la flecha usada por los chichimecas y el *tlacochtli* que, según Siméon, se manufacturaba con otate y obsidiana? Recordemos un santuario dedicado a un Cristo negro en el Estado de Veracruz, llamado Otatitlán (Lugar del otate). Se ha planteado, cada vez con más fuerza, la relación entre este culto y Tezcatlipoca. Es innecesario insistir sobre la vinculación directa de esta poderosa deidad con la obsidiana. ¿Serán acaso estas características, las que permitieron que este tipo particular de arma ofensiva se convirtiera en el símbolo del Tlacochoalco, aquí vinculado con el Espejo humeante? Pero como sucede con frecuencia, leemos también una frase que descarrila nuestro esquema interpretativo: Siméon agrega que el dardo también se hacía con cualquier otro tipo de madera...

No puedo dejar de mencionar el cuidado que se puso en la presentación de la obra por parte de los editores. La misma naturaleza del texto requería incluir una masiva cantidad de ilustraciones, mapas, planos, cuadros

y gráficas. El problema se solucionó a través de la división en dos volúmenes de la obra, lo que facilita el cotejo entre la explicación y lo explicado.

Anticipo que este estudio sobre la “Casa de las Águilas” se convertirá en un ejemplo a seguir para futuras exploraciones no sólo arqueológicas sino también etnohistóricas.

Xavier Noguez  
El Colegio Mexiquense  
xnoguez@cmq.edu.mx  
xanor45@yahoo.com.mx

ÓSCAR MAZÍN, UNA VENTANA AL MUNDO HISPÁNICO. ENSAYO BIBLIOGRÁFICO I, CON LA PARTICIPACIÓN DE CARMEN SAUCEDO, MÉXICO, EL COLEGIO DE MÉXICO, BIBLIOTECA DANIEL COSÍO VILLEGAS, 2006, 377 P.

**E**l libro que se refiere a esta bibliografía comentada organizada en primer lugar por todos los instrumentos de interés general necesarios para quien decida emprender la aventura de mirar hacia el mundo hispánico por esa ventana que propone el autor. Siguen luego cinco grandes capítulos que se estructuran como ejes rectores que según Óscar Mazín, “hunden sus raíces en los siglos vi al xv de la península ibérica y que podemos seguir en las Indias de Castilla durante los siglos

de los virreinos y aún más allá”: éstos son la movilidad espacial y social; la presencia de las ciudades; la vocación por el saber y la enseñanza; el rey y sus jueces y la hispanización del otro.

Una revisión rápida a la secuencia de publicaciones del mismo autor, permite entender que ni los problemas planteados ni la bibliografía especializada en los mismos son producto de una coyuntura y en cambio responden a la misma lógica. Así surgió *El Gran Michoacán* en 1986, con los informes que dan cuenta de la situación del ex-tenso obispado en el siglo xviii y que el autor había localizado en el archivo de Morelia mientras estudiaba la gestión del obispo Pedro Anselmo Sánchez de Tagle, trabajo que como libro se llamó *Entre dos majestades*, y fue publicado por el Colegio de Michoacán en 1987. De su trabajo sobre el cabildo catedral de Valladolid de Michoacán surgió el enorme esfuerzo de catalogar ese acervo documental y vieron la luz tres catálogos de los documentos pertenecientes al *Archivo Capitular de Administración Diocesana, Valladolid-Morelia*: uno en 1990, el segundo en 1999 y en el 2001 el tercero. Resabio de aquel impulso fue la publicación en el año 2000 del *Inventario de los libros de coro de la Catedral de Valladolid-Morelia*.

255 Apasionado por los archivos y preocupado por los disparates que